



España: una historia explicada

Desde Atapuerca hasta el 11-M

Julio Montero y José Luis Roig

Biblioteca
Online 

España: una historia explicada

Desde Atapuerca hasta el 11-M

Julio Montero y José Luis Roig

España: una historia explicada Desde Atapuerca hasta el 11-M



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Julio Montero Díaz y José Luis Roig Torres, 2012
© BibliotecaOnline SL, 2017
Castillo de Fuensaldaña 4, 28232 Las Rozas Madrid
(España)

Primera edición: Marzo de 2017
ISBN: 978-84-15998-60-0
Diseño de cubierta: BibliotecaOnline SL
Composición: BibliotecaOnline SL
Impresión y encuadernación: CreateSpace
Impreso en España-*Printed in Spain*

Contenido

Los autores.....	13
1. Comienza la aventura.....	15
Una mala geografía para las relaciones públicas	16
El homo habilis no era Tarzán	20
El primer “minero” que jugó con la magia del fuego	22
2. Un poco antes del año uno	23
Los pueblos mediterráneos empiezan a mover los pies	24
Los fenicios inventan el alfabeto para poder hablar de dinero	25
3. Llegan los romanos y se quedan siete siglos.....	27
Todos venimos del Latín	28
Cuando los romanos inventaron España	29
Los bárbaros del norte no hacen turismo	30
Alta Edad Media: anglosajones y latinos marcan sus diferencias	32
4. La hora de los árabes	33
Al-Andalus: la España que soñaron los árabes	33
La islamización: ocho siglos de cultura musulmana	35
5. La mítica Reconquista y la gran batalla de Covadonga....	37
El juego de la política y el matrimonio	39
El suspiro del moro	41
6. Los Reyes Católicos crean el estado moderno	44
Ancha es Castilla, y más rica y más poblada que su vecina	45
Empiezan los problemas para los judíos: cambiar de religión o de país	46
El amor es un juego, el matrimonio un negocio	47
7. El gran descubrimiento: esto es América.....	49
La colonización: conquistar lo descubierto	52
Organizar el nuevo mundo	53
8. Los Austria (1517-1713). Una familia germana en el trono de España	55
En defensa del Imperio cristiano	56

Mucho cuidado con el turco	58
Un problema llamado religión	59
Crisis del siglo XVII: Tiempo de hambre y epidemias	60
El negocio de hacerse rey de España	61
9. El antiguo régimen: otra lógica, otra sociedad	64
Un siglo de oro para la cultura	65
El rey está por encima del bien y del mal	66
Platón y la sociedad estamental.	68
De la Nobleza al pueblo llano	69
El rey y los gremios controlan la economía	71
Sevilla: la Nueva York del siglo XVII	73
10. El reformismo ilustrado del Siglo XVIII	75
Un país lleno de reformas con un trono vacío	76
Todos buscan la felicidad, pocos la encuentran	79
Una nueva manera de organizar la sociedad	80
11. Luces y sombras del despotismo ilustrado.....	83
La riqueza viene del campo	84
Castellanizar el gobierno	85
Educación básica para cambiar a los españoles	87
Algo más que capas y sombreros	88
Los españoles del XVIII sueñan con el mar	89
12. Guerra y revolución en la España del XIX	92
La monarquía se pelea y Napoleón se aprovecha	93
Los españoles inventan la guerra de guerrillas	96
13. Quien no arriesga no gana	99
De cambio en cambio... y los franceses detrás	101
La "Pepa" nace en Cádiz el 19 de marzo de 1812	102
Usar el poder político para cambiar la sociedad	104
14. Cuando Fernando VII usaba Paletó.....	106
Estrenando elecciones tensas y campañas	
virulentas: 1814	107
El primer golpe de Estado: mayo de 1814	109
La ley del péndulo: el extremo liberal, 1820-1823	110
El otro extremo: diez años más de	
absolutismo (1823-1833)	112
15. Adiós al Imperio, España ya no es lo que era.....	115
Bolívar y San Martín ponen fin a tres siglos	

de dominio español	117
16. Siglo XIX: El sueño liberal se hace realidad	119
Carlistas: muchos o pocos, pero siempre mal avenidos	120
Ningún español sin su guerra civil: las guerras carlitas	122
Primera guerra carlista (1833-1840): ¡Todo por don Carlos!	122
La segunda guerra (1848-1849) y la evolución del carlismo	124
La tercera guerra carlista (1873-1876): un nuevo don Carlos	125
17. Construyendo la España liberal con una niña como reina	127
Una difícil transición: del absolutismo al liberalismo	127
La victoria progresista y sus conquistas políticas	129
Mandar siempre: una vieja y humana aspiración	131
18. Tanto tienes, tanto vales	133
Desamortiza que algo queda	135
19. María Cristina: La reina regente (1833-1840)	138
Del fogón al estrellato: Espartero regente	139
20. Los políticos y la política en el reinado de Isabel II	142
Amigos de la política, política de amigos	142
Un éxito moderado: el régimen de 1845	146
Reunirse para comer no está prohibido	147
Una tradición liberal: dificultades en la Hacienda	148
21. Diez años de gobierno moderado y más	150
Una breve oportunidad para los progresista (1854-1856)	151
Un intento de justo medio (1856-1863)	152
Cuando gobernar es resistir (1863-1868)	153
España en la Europa de la Cuádruple Alianza (1833-1846).	154
En la órbita francesa (1847-1868)	154
22. Los seis años más agitados de la historia de España (1868-1874)	155
Toda revolución tiene su primavera	155
Preparando la última revolución del siglo XIX	156
La primera constitución democrática	157

A la búsqueda de un rey.	159
23. La primera república española	162
Volver a empezar: la restauración de los Borbones	164
24. Los españoles entre 1800 y 1875.....	166
El crecimiento de la población española	166
Huir de la muerte para llegar a la miseria	169
Dónde vivían los españoles	170
25. Cuando comer era casi un milago. La vida económica: 1800-1875.....	173
Compararnos con Europa	173
Y casi todo seguía siendo campo	174
Los primeros pasos de la industrialización	176
Una tarea costosa: la creación del mercado español con el ferrocarril	179
26. Tiempo para el romanticismo	182
Lo que pensaban los europeos de los españoles	182
Sentimientos e imaginación como única razón	184
Del Romanticismo al nacionalismo cultural	185
El eclecticismo: sin compromisos ante la vida	187
Transmitir la cultura: Educación y Prensa	189
27. La restauración: por fin llega la tranquilidad	191
El sentido práctico de un malagueño	191
El peso de la Historia y las "verdades madres"	192
La participación política y las libertades	194
28. Bipartidismo y caciquismo	197
En el juego de la política el poder es lo que importa	197
Los caciques y su clientela	200
Alfonso XII, el pacificador	203
La Regencia de María Cristina (1885-1902).	204
29. Un fin de siglo caliente: oposición, obrerismo y nacionalismo	206
Carlistas y republicanos: como el perro y el gato	207
La organización política y sindical de los desposeídos	210
Comienza una larga historia: el movimiento socialista	212
La rápida expansión anarquista: la C.N.T.	213
El Catolicismo Social y sus realizaciones.	214
Ser catalán o vasco, y ser –o no ser– español	215

Los otros regionalismos	220
30. Comienza el Siglo XX.....	223
Dos realidades que no se tocan: la España oficial y la España real	223
Alfonso XIII: el difícil arte de ser profeta en tu tierra	225
Cómo eran los españoles que pusieron en marcha el siglo XX	226
España: un imperio que muere	227
El desastre del 98: una crisis que "golpeó" a todos	229
31. El reinado de Alfonso XIII: la trágica vida política de España	232
Los conservadores en el poder: de Silvela a Maura (1899-1905)	232
El partido liberal: de Sagasta a Canalejas, (1905-1907)	233
El intento regenerador conservador: Maura y la Semana Trágica (1907-1909)	234
La oportunidad liberal: Canalejas (1909-1912)	235
El problema de Marruecos.	236
La Gran Guerra y su incidencia en España.	239
La crisis de 1917: un enorme problema para todos	240
El asesinato de Dato y el "golpe" de Primo de Rivera	242
32. La restauración: mandar o limitarse a vivir	244
El nacer y el morir: vivir más y mejor	246
Dejar la patria para ganarse la vida	248
33. La economía española: un país atrasado que avanza rápido	250
España crece, pero menos	250
Dejar el campo para conquistar la ciudad	252
La industria se concentra en la periferia	254
El dinero de las finanzas se anima	256
Los conflictos sociales y el intranquilo mundo rural	257
34. Llegla la cultura de masas	259
Mejorar España desde la prensa y la escuela	259
Intelectuales empeñados en reformar España	260
Tierra de novelistas y poetas	263
Y en eso llegaron Picasso, Miró, Dalí... ..	266
El nuevo periodismo: vender es lo que importa	268
Escuelas con pedagogía propia	269
Enseñar al que menos tiene	273

Cambia la cultura y cambia la sociedad	275
Música popular, cine, toros y fútbol	276
35. La primera dictadura (1923 - 1930).....	278
La gran depresión: dictaduras y fascismos	279
España: Gobiernos débiles, problemas graves	280
Casi todos encajan el golpe.	282
Los felices años veinte (1924-1929)	285
Adiós a la monarquía: Alfonso XIII pierde el "amor" de su pueblo	287
36. La segunda república española (1931-1936).....	290
Mal de muchos, economías deprimidas	290
Igualdad de derechos para ambos sexos	292
Constitución de 1931: ningún voto en contra	294
Las dos España no se toleran	294
Una República con problemas pendientes de solución	297
Un nuevo modo de entender la cultura	301
Compartir las ideas, la política y la vida: un sueño imposible	303
Un cambio sin derramamiento de sangre	304
Se agrava la inestabilidad política	306
37. La guerra civil española (1936-1939).....	309
La sublevación militar está servida	309
Todo empezó en África... y en Navarra	311
Una guerra teóricamente sólo para españoles	312
Las tres etapas de una "guerra incivil"	314
1ª Etapa: Represalias y venganzas sangrientas (julio 1936 a marzo de 1937)	314
2ª Etapa: Las duras batallas del norte (abril de 1937 a noviembre de 1938)	315
3ª Etapa: Cautivos y desarmados (diciembre de 1938 a abril de 1939)	316
La política en el lado republicano: el poder real está en la calle	317
¿Guerra o revolución?, esa es la cuestión	318
Franco se convierte en generalísimo, caudillo... y mucho más	319
El costo de la guerra: un millón de muertos y un futuro muy negro	320
38. Nace el franquismo (1939-1959).....	322
Represión para los vencidos y miseria para todos	323

Reconstruir España con mano dura	323
Las ventajas de los vencedores	325
Los militares "se ponen las botas"	326
Un régimen confesional	327
El franquismo y sus amigos autoritarios	328
Las tácticas de Franco para mantener el poder (1939 a 1959)	331
La reserva espiritual de Occidente	334
Maquillar la dictadura: Derechos humanos con freno y marcha atrás	336
El anticomunismo: el salvavidas de Franco	338
La oposición al franquismo, una posibilidad sólo a largo plazo	341
39. Los años del mercado negro y el estraperlo	344
Economía: el milagro de sobrevivir.	344
Del mercado negro al pluriempleo	347
40. El franquismo del éxito económico (1959-1975)	350
La dictadura dura y dura... ..	350
Los planes de desarrollo y los felices años sesenta	352
La década de las vacas gordas: aunque no para todos	355
Los nuevos españoles quieren libertad	358
La generación prodigiosa: más limpios y mejor educados	360
41. Comienzan las luchas por el poder.....	365
Una puerta en medio del muro: el invento de la democracia orgánica	366
Los aperturistas: los tuertos en el país de los ciegos	369
Los nietos del dictador aman la libertad	373
Franco coquetea con Europa, y Europa nos quiere demócratas	376
42. La transición española: un ejemplo para el mundo (1975-1978)	380
El arte del consenso en un panorama sombrío	381
Liquidación por reformas	383
El Rey, Adolfo Suárez y muchos desde abajo: las piezas claves	385
Ochenta partidos políticos en 1977	388
Una Constitución con siete padres	392
El juego político y su reglamento	394

43. La España democrática: la hora de la verdad.....	397
Un país que necesita más niños y busca mayor	
calidad de vida	397
Igualdad entre los sexos en medio de crisis y mejoras	
económicas	399
Nace una nueva clase política	402
El PSOE en el poder: de la gran ilusión a la	
decepción (1982 a 1996)	404
Cuando parecía que España iba bien: los	
gobiernos del Partido Popular (1996-2004)	406
Volver a pintar algo en el mundo	410
Redescubrir América: el futuro habla español	413
Mojarse en el Mediterráneo	418
El futuro cambia cada día	419

Los autores

Julio Montero Díaz (Madrid, 1951), es catedrático en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Autor de una veintena de artículos en revistas académicas de primera línea y de una docena de libros sobre historia de España e historia del cine. Los últimos, con María Antonia Paz, son *La larga sombra de Hitler. El cine nazi en España (1933-1945)*, Cátedra, Madrid 2009 y *Lo que el viento no se llevó. El cine en la memoria de los españoles*, Rialp, Madrid 2011. También de un breve ensayo (*Adiós... analógicos, adiós*, Rialp, Madrid 2012).

José Luis Roig (Lleida, 1960), licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona, realizó sus primeros trabajos profesionales en radio y prensa en Cataluña. Ha trabajado durante diez años en la revista *Tiempo* en Madrid, llegando a ser en su última etapa jefe de reportajes especiales. Tras una estancia en Nueva York, regresó a Madrid y trabajó para Onda Cero, Telemadrid y Popular-TV. En 2007 fue nombrado director adjunto del periódico *La Gaceta de los Negocios*. Es contertulio habitual en programas de radio y televisión en La Sexta, Telemadrid e Intereconomía-TV. Es coautor de las biografías de *Ana Botella* (Ediciones-B) y *Martin Luther King* (Editorial Casals).

1. Comienza la aventura

La Península Ibérica, hoy llamada en sus cuatro quintas partes con el nombre de España, tiene un enclave geográfico peculiar, hasta tal punto que se ha convertido en uno de los factores principales de su evolución histórica. Que a los españoles nos guste hacernos los suecos, o que de vez en cuando pensemos que esto es Hollywood, no significa que esta península que hoy habitamos pueda ser como la Escandinava, o que para el desarrollo de nuestra historia nacional no importe demasiado que la costa oeste esté bañada por el Atlántico y no por el Pacífico. Todo influye y nada es gratuito en el discurrir de la Humanidad.

En todos los mapas, España podría ser, más o menos y geográficamente hablando, una especie de ombligo del mundo. No por su peso político o económico, al menos hoy día, ni tampoco porque su superficie tenga unos 500.000 Km. cuadrados, pero la circunstancia física de estar en el meollo geográfico —está situada en medio de tres continentes, Europa, América y África; y de un gran océano, Atlántico, y un gran mar, Mediterráneo— ha llevado a la Península Ibérica a vivir una Historia rica en tráfico de culturas y civilizaciones.

Hoy día las invasiones se siguen produciendo. Pero se realiza de forma pacífica, principalmente los meses de verano, y los nuevos invasores —conocidos como turistas— vienen en busca de sol y del espíritu festivo que tanto abunda por estos lares. Existe también otro tipo de invasiones que se realizan a través de medios más sofisticados como la música, el cine o la ropa de vestir. Pero este análisis de la realidad inmediata y actual del comportamiento humano compete más a la sociología que a la Historia.

De todos los mares que bañan el planeta Tierra el Mediterráneo es, sin duda, el más *culto* y el que más acontecimientos históricos de relieve ha vivido. A través de él la Península Ibérica ha recibido todos los influjos culturales importantes en el mundo antiguo: posiblemente la presencia misma del hombre, la revolución neolítica, la metalurgia del cobre y del bronce, las colonizaciones fenicia, griega y cartaginesa, la conquista romana y la romanización, la invasión musulmana y la consiguiente islamización.

Ahora, démosle la espalda al “Mare Nostrum” y veamos que nos ha aportado el Atlántico. Este océano, protagonista de la modernidad, ha sido el medio de universalización de España, de su cultura y de su lengua. Es el camino que han seguido los descubridores, conquistadores y colonizadores del Nuevo Continente. Y es igualmente el camino por donde Europa, a través de España, recibe todas las riquezas mineras, y las aportaciones que América realiza al Viejo Mundo. La presencia de España en el panorama internacional ha estado vinculada –desde la edad moderna– a su relación con América. Tan es así, que cuando se produce la independencia de las colonias, la última en 1898, España deja de ser un camino para convertirse en un extremo: desaparece su función como puente y comienza una larga etapa de aislamiento, que llega casi hasta nuestros días. Aunque ya ni nos acordemos de ellas, expresiones como *¡Más se perdió en Cuba!*, han formado parte del sentir histórico de este país, y han reflejado una realidad que transformó el futuro de España. Y es que sin la referencia de América –y por tanto del Atlántico– nuestro país es sólo un extremo de Europa occidental que, además, está mal comunicado con ella por la barrera de los Pirineos.

Nuestros vecinos del norte, los franceses, cuando quieren herir nuestra sensibilidad continental dicen que África empieza en los Pirineos. Al margen de las intenciones aviesas de algunos *gabachos*, es cierto que “*lo europeo*” ha llegado a la península con *retraso* y tras importantes transformaciones. Tanto en lo cultural –desde el arte Románico hasta el Renacimiento–; como en las corrientes de pensamiento como la Ilustración o los movimientos revolucionarios del Liberalismo.

Una mala geografía para las relaciones públicas

La situación geográfica interna de la Península también ha influido determinadamente en su Historia. De entrada la complicada orografía ha dificultado las relaciones entre las distintas regiones. Circunstancia que a su vez ha favorecido el desarrollo de tradiciones culturales y lingüísticas muy variadas. Esta realidad ofrece a primera vista un inconveniente y una ventaja. Empecemos por lo amargo. La dificultad estriba en articular una política unitaria de la Península, que facilite la obtención de unos objetivos comunes. El lado positivo. Poseer dentro de una superficie de poco más de 500.000 km. cuadra-

dos una enorme riqueza y variedad cultural de difícil parangón en el resto de Europa. La variedad que ofrece España debería enorgullecer y enriquecer a sus habitantes, pero no siempre es así, pues las diferencias se transforman en carencias, en vez de ser motivo de satisfacción y orgullo de un mismo colectivo social. Poco a poco, la realidad y las nuevas generaciones de españoles distantes del franquismo están recuperando el sentimiento de *nación española*, sin olvidar la peculiar manera de ser de los diversos nacionalismos. Qué más se puede pedir que pertenecer a una familia rica y variada en tradiciones, lenguas, gastronomía, literatura, música... "*La unidad en la variedad, y la variedad en la unidad es la ley suprema del universo*", lo dijo **Newton**, que no era español pero sabía de qué hablaba.

Este doble juego aglutinador o disgregador no es nuevo. A lo largo de toda la historia peninsular encontraremos dos tendencias bien definidas. Una centrífuga (como las lavadoras) que tiende a crear multitud de pequeños territorios independientes al abrigo de los accidentes del relieve, con ejemplos tan distantes como los taifas de Al-Andalus y el cantonalismo del siglo XIX. La otra tendencia, la centrípeta, que pretende crear un poder central al que se sometan las peculiaridades periféricas; ejemplos de ello son los Decretos de Nueva Planta borbónicas del siglo XVIII, o la división de España en provincias realizada en 1833.

Pero hay más aspectos de carácter geográfico que también han influido de manera notable en el devenir histórico de esta península, llamada Iberia, no por la compañía aérea, y sí por ser la tierra por la que pasa el río Iber. No es falsa modestia si decimos que nuestro país es pobre. Basta echarle una mirada al campo, en su faceta agrícola, para comprobar que más de un tercio de nuestro territorio es sencillamente estéril. Alrededor de la décima parte es muy fértil. El resto –más de la mitad del total– son tierras malas o de mediana calidad. Además el clima es en su mayoría seco, excepto en la cornisa cantábrica. Completa este panorama real pero bastante desalentador las dificultades de comunicación que impone la compleja orografía de la península. A diferencia de Francia, que está perfectamente articulada en torno a sus ríos, España no tiene ningún sistema coherente de vías naturales. Los ríos no son navegables salvo cortos tramos y para barcos de poco calado. Las costas, además, no ofrecen abrigos naturales para ser utilizados como

puertos. Todo esto ha dificultado desde siempre el comercio y las comunicaciones.

Pero aunque el suelo es pobre, el subsuelo es, o al menos era, rico. El único problema es que a perro flaco todo son pulgas, y esa riqueza interior ha sido explotada, casi siempre, por los del exterior, los extranjeros: primero los fenicios y griegos el estaño, los romanos el oro y la plata; los franceses, ingleses y belgas –ya en el siglo XIX– el hierro, el cobre y el mercurio. En resumen, el medio físico unas veces y la pobreza otras han influido cuando no determinado la evolución histórica de España.

Hace unos años, a un avisado funcionario de esta patria se le ocurrió una frase que define bastante bien lo que es este país respecto al mundo: *"Spain is different"*. La ocurrencia se convirtió en gran idea, ya que con tres simples palabras que podía entender todo el mundo se lograba de una manera eufemística convertir nuestras circunstancias de pobreza y retraso social en atractivo turístico. Ya se sabe que a los pobres no les queda más remedio que agudizar el ingenio. Y aunque las cosas, como veremos, han cambiado un poco y ha llovido mucho desde entonces, *Spain*, sin duda alguna, sigue siendo un país *diferent*.

La historia de la Humanidad, un proceso sin prisas

Si montamos una vuelta histórica a España por etapas, nos encontramos de entrada que estas etapas vienen diferenciadas por acontecimientos históricos de capital importancia, que a su vez sirven para separar una época de otra. Por ejemplo, entendemos por **prehistoria** la etapa de la evolución humana que abarca desde la aparición del hombre, hasta la utilización de la escritura. Sin embargo, hay que señalar para que nadie se lleve a engaño, que todo cambio histórico es progresivo y en general lento. La propia evolución humana está basada en la lentitud, o si lo prefieren y como diría un filósofo, en la ausencia de todo tipo de prisas.

Incluso un hecho tan trascendental como el descubrimiento de América no comenzó a repercutir de forma importante en España hasta dos décadas después. Ocurre también que las gentes que vivieron en esa época no tenían ninguna conciencia de estar en una etapa histórica distinta a la anterior. Para dejarlo claro, el hidalgo don Félix del Rosal, habitante de la

Salamanca medieval, no se acostó un buen día en la edad media y se levantó —a la mañana siguiente— en la edad moderna. Don Félix siempre tuvo conciencia de vivir su época contemporánea, igual que nos sucede a nosotros. ¿Cómo se llamará en un futuro esta etapa de la Historia que hoy llamamos y vivimos como edad contemporánea y que abarca desde principios del siglo XIX hasta la actualidad? ¿Fin de milenio? ¿Edad de las guerras mundiales?...

Como cabe esperar siempre que hay más de una persona implicada en una cuestión, ni todos los historiadores, ni todas las corrientes historiográficas coinciden al señalar los límites de cada época y los grandes acontecimientos que marcan el paso de una a otra etapa. Unos destacan hechos de carácter político o militar, otros prefieren referirse a los grandes procesos económicos o a los culturales. Nosotros, los autores de este libro, hemos optado por exponer la división más clásica y generalmente más aceptada referida a la península ibérica. Una decisión nada salomónica, pero sí muy práctica y sensata, desde nuestro punto de vista.

PREHISTORIA. Etapa de la evolución humana que abarca desde la aparición del hombre, hasta la utilización de la escritura.

EDAD ANTIGUA. Desde la aparición de los primeros textos escritos, en la civilización de Tartessos; hasta la caída del Imperio Romano, a mediados del siglo V d. C., y del cual Hispania era una provincia.

EDAD MEDIA. Discurre desde las invasiones germánicas en el siglo V hasta fines del siglo XV. Se suele señalar el año 1492 como final, por la especial significación que tiene para España: descubrimiento de América; conquista del reino nazarí de Granada, último bastión de la presencia musulmana en la Península; expulsión de los judíos y momento en que se está conformando el Estado moderno por los Reyes Católicos.

EDAD MODERNA. Abarca desde finales del siglo XV hasta comienzos del XIX. Es usual utilizar la invasión francesa y la Guerra de Independencia —en 1808— como punto final de esta época.

EDAD CONTEMPORÁNEA. Desde principios del XIX hasta la actualidad. Es difícil —por ahora— marcar un punto final de nuestra edad.

Aunque sólo sea a título de curiosidad, podemos apuntar la teoría, defendida por algunos, de que el nombre de España es de origen fenicio y que aquellos pretéritos navegantes se lo dieron a la península ibérica por la cantidad de conejos que la habitaban. Esta tierra era para ellos *i-shepham-im* es decir: el país de los conejos, de la palabra *shapán*, conejo. Por mucha águila que llevemos en la bandera nacional, o por mucho toro bravo que lidiemos, nuestro nombre se lo debemos a un pariente de Bugs-Bunny, el famoso conejo de la suerte.

El homo habilis no era Tarzán

De lejos parecía un mono, de cerca, observado con atención, se adivinaba que aquel ser de aspecto simiesco era ya todo un *Homo habilis* capaz de servirse del fuego y de fabricar simples herramientas de piedra. De esto hace ya unos dos millones de años.

Ni que decir tiene que la vida del *Homo habilis* no era nada fácil. Pasaba su tiempo desplazándose por la sabana y devorando todo lo que le venía a mano: raíces, frutos, tallos tiernos, huevos, larvas, lagartos. Como el desventurado ser era todavía bastante torpe en el arte de la caza, aprovechaba los cadáveres, más bien la carroña, que dejaban las grandes fieras que señoreaban las llanuras, cuando no era él una de sus víctimas. Por aquel entonces, el rey de la selva no tenía nada que ver con los antepasados de Tarzán, tendría que llover durante unos cuantos miles de años para que el hombre empezara a tomar conciencia de su destino y de sus posibilidades como protagonista de la creación.

Superada la etapa del *Homo habilis*, que vino a durar un millón de años, surgieron las especies posteriores: el *Homo erectus* y el *Homo sapiens*. Pero la Historia, auspiciada en este campo por la ciencia, sigue caminando bastante a oscuras, a pesar de los avances tecnológicos y del ADN, cuando atraviesa aún el amanecer de los tiempos.

El fósil más antiguo encontrado hasta hoy en la península Ibérica es un fragmento de cráneo fosilizado de Orce (Granada), cuya antigüedad se calcula entre 1,5 y 1,8 millones de años. Después del hombre de Orce los restos más antiguos hallados en lo que ahora es España, pertenecen a una familia de catorce miembros: siete mujeres, seis hombres y un niño. Vivieron

hace unos 250 mil años en un conjunto de cuevas próximas a Atapuerca (Burgos). Alguno de los fornidos homínido que habitaron la sierra burgalesa, llegaron a pesar hasta 160 kilos y a medir dos metros de altura. Utilizaban las cuevas naturales para tender trampas y cazar, y nunca se quemaban, porque aún no conocían el fuego.

Cuando la Edad del Hielo tocaba a su fin, de esto hace unos treinta mil años, grupos de cazadores *sapiens sapiens* decidieron instalarse en la Península. Unos pertenecían a la familia del hombre de **Cromañón**, otros a la variedad **Combe Capelle**. Pero el clima se suavizó, se inició el deshielo y las cosas empezaron a cambiar. La fauna mayor, bisontes, renos, focas, etc. emigró hacia el norte en busca de tierras más frías. Entonces, se plantearon los primeros dilemas para el *sapiens*. ¿Qué hacer? ¿Seguir a los animales o adaptarse al nuevo ecosistema? Con las respuestas a estas dudas nacía un nuevo tipo de hombre: el que aplica su inteligencia según las circunstancias y no sólo para satisfacer sus necesidades básicas más inmediatas. Adaptarse implicaba descubrir nuevos caminos: cazar nuevas especies más pequeñas, abrir nuevas fuentes de alimentación como el mar,... pero el gran paso, que vino en llamarse **revolución neolítica**, se dio cuando el hombre decidió domesticar los animales y la tierra, es decir, al inventar la ganadería y la agricultura. Estos cambios comportaron otro más importante, el cambio de mentalidad. El campesino tiende a vivir cerca del campo que trabaja, debe estar pendiente de él, tiene que ser previsor y reservar parte de la cosecha para que sirva de simiente. Se fragua el sentido de la propiedad de la tierra y el sentimiento de pertenencia a ella. Aspectos económicos, sociológicos y psicológicos que a su vez traerían nuevos motivos de enfrentamiento. A esta economía de subsistencia le siguió otra llamada de producción, que obligó a dividir el trabajo, y a plantearse nuevos modos de vida. El ser humano empezaba a tener una existencia más compleja, a decir de muchos, a complicarse la vida.

Esta evolución, lenta y laboriosa, es símbolo de la supremacía del ser humano sobre los demás seres vivos. Lo que hoy nos parece obvio, a pesar de algunos comportamientos humanos, en aquella época podía significar todo un descubrimiento existencial.

El primer “minero” que jugó con la magia del fuego

Guardando las debidas distancias, al igual que sucede hoy con la tecnología, que cuando se domina una máquina aparece otra superior que en teoría facilita un poco más las cosas, después de miles de años subsistiendo con unos simples instrumentos de piedra o hueso el hombre descubre los metales. Hace unos cinco mil años, un minero inquieto y de espíritu curioso descubrió que arrojada a una hoguera la malaquita se transformaba en una especie de pasta brillante que al enfriarse resultaba un nuevo y desconocido elemento con el que se podían fabricar adornos y objetos más afilados y resistentes que los de piedra y hueso. Compartido el descubrimiento con otros mineros, comenzaron a sacarle partido y se creó una nueva especie profesional que en un principio tenía algo de hechicera, los herreros, que sabían extraer metales, fundirlos y fabricar objetos. Se había descubierto la metalurgia del cobre. La Humanidad entraba en una nueva era, la de los metales.

Sin embargo, la revolución técnica y su repercusión en los sistemas de producción se haría esperar. El metal escaseaba y se empleó primero en fabricar pequeños adornos –coquetos que eran nuestros antepasados– en lugar de fabricar herramientas útiles. Sólo cuando progresó la minería y aumentaron las reservas metalíferas se abarató lo suficiente como para compensar emplearlo en la fabricación de cuchillos, azadas y otras herramientas de uso cotidiano. Aunque a nosotros nos cueste valorar los avances y novedades tecnológicas, saturados que estamos de ellas, hagamos un pequeño esfuerzo de traslación mental y valoremos el gran paso que supuso para aquellos parientes nuestros lejanos el abandonar la piedra y trabajar con las infinitamente superiores ventajas de los metales. La fabricación del cobre en España se inició a principios del tercer milenio a. J.C. Un milenio después vendría el bronce y finalmente, después de tres siglos de bronceadas herramientas y armas, entra en la historia el poderoso hierro. Todo un acontecimiento que dará paso a un nuevo concepto de historia.

2. Un poco antes del año uno

Poco a poco vamos alejándonos de esa nebulosa que rodea a la prehistoria para entrar en el terreno más firme de la historia. Los primeros pasos históricos en la Península Ibérica los dieron los pueblos centroeuropeos y orientales cuando se adentraron por el norte y por el sur. Podemos situarlos en el calendario unos 1100 ó 1300 años antes de que se inicie la era cristiana.

Este avance extranjero traerá consigo una nueva realidad cultural y económica. Los residentes en la península deberán abrirse a una nueva experiencia: convivir con la magia de lo nuevo y las costumbres forasteras. En estos primeros hechos podemos distinguir tres características principales: 1) Los habitantes de la periferia descubren y aceptan lo extranjero. 2) Los habitantes del interior se encierran en sus tradiciones y huyen de todo tipo de promiscuidad. 3) El norte y el sur empiezan a discrepar; los primeros –Cataluña y valle del Ebro– se dejan llevar por el hechizo indoeuropeo; los segundos –Andalucía– se dejan dominar por los rasgos orientales, de este proceso de enculturación sureño emerge el mundo tartésico.

La palabra invasión ha estado en boca de casi todos los historiadores para definir lo que después se ha comprobado que era, casi siempre, una penetración no violenta de pequeños grupos suprafamiliares que buscaban en nuestra península las posibilidades de una nueva tierra y un clima menos violento. Este vagar de los pueblos de Centroeuropa hacia el suroeste se produjo a través de los difíciles pasos del Pirineo catalán. Precisamente es en Cataluña donde pueblos del sur de Francia, Suiza y norte de Italia inician (s. XI y X a. C) la costumbre de incinerar a sus muertos y guardar las cenizas en urnas, dando vida a lo que se conoce como **cultura de los campos de urnas**. Con el tiempo se extendería esta costumbre funeraria y todo lo que ella implica a Navarra y Aragón.

Los **fenicios y griegos**, que también se sintieron atraídos por esta península aunque por razones puramente crematísticas, desembarcaron a lo largo de la costa mediterránea a partir del siglo IX y hasta el V a. J.C. Acosados por problemas de abastecimiento metalífero, tanto griegos como fenicios hallaron en esta tierra ibérica la solución de su problema. En poco

tiempo consiguieron explotar las más preciadas materias primas: cobre, estaño, oro y, sobre todo, plata.

Los pueblos mediterráneos empiezan a mover los pies

La integración de España en el ámbito de la culturas mediterráneas, hay que verla a través de los tres grandes procesos en torno a los que se articula a su vez lo que podemos llamar la historia Antigua de España: 1) El primero, es la organización de los pueblos prerromanos o habitantes autóctonos de la Península, entre los que destaca Tartessos. 2) El segundo, son las colonizaciones anteriores a la romana: fenicios, griegos y cartagineses. 3) Por último, la conquista romana y la romanización.

Los **prerromanos**, como su nombre bien indica, son los pueblos que habitaban la Península antes de la llegada de los romanos. A grandes rasgos se suelen distinguir dos grandes grupos. El primero lo constituyen los pueblos del área mediterránea: **íberos**. El segundo lo forman los que ocupaban el área centro y norte: **celtas** y **celtíberos**.

Entre los pueblos del primer grupo destacan **Tartessos**, culmen de las culturas prerromanas de la Península. Se extendió por Andalucía occidental y alcanzó su máximo esplendor entre los siglos VII y VI a.C. Se desarrolló al calor del comercio de los metales de la zona onubense con los pueblos del Mediterráneo oriental. Empleaba la escritura, parece que emparentada con la fenicia, y un sistema social y político avanzado.

Por lo que se refiere a los Íberos, en general, habitaban desde el sur de la Península Ibérica hasta el mediodía de la Francia actual, especialmente hasta el Levante español. Vivían en poblados fortificados, conocían la escritura y desarrollaron un arte notable en escultura: *Dama de Elche*, *Dama de Baza*. Los Celtas, por su parte, eran indoeuropeos establecidos sobre todo en el norte de Europa. También en el norte de la Península Ibérica. Vivían en unos poblados de casas circulares llamados Castros. Su contacto con los colonizadores prerromanos fue muy escaso.

El comercio y la necesidad de encontrar materias primas diversas, hicieron que entre los siglos IX y V a. de C. se produjeran a lo largo del Mediterráneo y del Mar Negro toda una serie de colonizaciones. Son emigraciones protagonizadas

por pueblos prerromanos del Mediterráneo oriental, que se establecen en puntos costeros próximos. El objetivo es encontrar metales: oro, plata, cobre y estaño; productos agrícolas y materias primas diversas. En su continuo extenderse llegaron hasta la Península Ibérica. Organizaron toda una cadena de factorías litorales, pero nunca les movió el ánimo del dominio político ni territorial, lo suyo era una colonización económica. Estos contactos tendrán importantes consecuencias para los pueblos con los que comercian. Las más importantes son de carácter cultural –adopción de la escritura, influencias artísticas, etc.– y también político y sociales: nuevas formas de organización social, de modos de vida, por ejemplo en el vestir y el comer.

Los fenicios inventan el alfabeto para poder hablar de dinero

Pero vayamos a lo nuestro, esto es, a hablar de los tres pueblos colonizadores que llegaron a la Península Ibérica: fenicios, griegos y cartagineses. Los fenicios, *“ese pueblo botado al mar por su geografía”*, como escribiera el historiador griego Heródoto, establece sus primeras factorías en torno al siglo VIII a.C. Las principales serán: Gadir o Gades, Malaka, Abdera y Sexi (es decir: Cádiz, Málaga, Adra y Almuñécar). Los griegos, tras algunos enfrentamientos con los fenicios, llegan a la costa mediterránea alrededor del siglo V a.C. Rhode y Emporión constituyen sus principales núcleos. Tanto los fenicios como los griegos realizaron una colonización fundamentada en las relaciones económicas. Aunque influirán en lo cultural y en lo político-social, no suponen un dominio político por parte de la metrópoli de origen. Es más, con frecuencia los antiguos establecimientos llegarán a ser ciudades y estados importantes e independientes. Ese es el caso de Carthago respecto a los fenicios.

Sepamos algo más de este pueblo que basó su existencia en la navegación y el comercio. Como dato revelador de su pericia marítima, baste mencionar la expedición fenicia enviada por el faraón Necao II en el siglo VI a. C., que dio la vuelta a África partiendo del mar Rojo para regresar, tres años después, por el estrecho de Gibraltar.

Su vocación comercial –la historia los recuerda como un pueblo siempre dispuesto a hacer negocios– les llevó a crear

importantes mercados y a hacerse suministradores de metales de los países ricos de la zona. Quizá con vistas a mejorar el negocio, aportaron a la Humanidad dos inventos fundamentales: el dinero y el alfabeto. Estas letras que ahora usted lee, y que pertenecen al alfabeto latino, son las mismas o al menos primo hermanas de las que inventaron los fenicios hace tres mil años. Su espíritu comercial era tal, que su organización política respondía más a razones económicas que a un sistema militar o de castas y de líderes. Los fenicios constituían una federación de ciudades que eran más bien grupos de empresas. Existía una dinastía real pero estaba representada por la familia más poderosa. Los fenicios no tenían ejército. Cuando lo necesitaban contrataban mercenarios. De todas formas, procuraban asentar sus ciudades cerca del mar para que éste fuera su principal defensor ante un inminente ataque. También practicaban una navegación de cabotaje, es decir, sin perder de vista la costa, y además procuraban establecer sus colonias y factorías distantes entre sí un día de navegación, para correr menos riesgos. Una de estas colonias importantes fue Cartago, que crecería hasta convertirse en toda una *potencia mundial* rival de la propia Roma.

Los cartagineses o púnicos –provenientes de la antigua colonia fenicia del norte de África– cambiarán de actitud y llevarán a cabo una colonización fundamentada en el dominio territorial político y militar, y no sólo económico como sucedía anteriormente. Este cambio de actitud responde a una nueva situación. Ha surgido una nueva potencia en el Mediterráneo occidental: Roma. Después de asegurarse su dominio sobre las antiguas colonias de origen griego y fenicio, aspira a eliminar cualquier competencia. En la medida en que su expansión implica el control político y militar, Carthago responde con la misma moneda, en esta ocasión nada económica y sí militar. La Península Ibérica será el lugar intermedio, el campo de batalla, donde se enfrentarán los dos imperialismos expansivos de la época, Roma y Carthago, por conseguir el dominio del Mediterráneo occidental. En las llamadas Guerras Púnicas se decidirá el futuro cultural y político de gran parte de Europa y del Norte de África. El dominio de las costas de la Península Ibérica jugará un importante papel en este duelo. Los principales asentamientos púnicos fueron Carthago Nova y Ebessus, actual Ibiza.

3. Llegan los romanos y se quedan siete siglos

Roma conquistó la península ibérica como consecuencia de la segunda guerra púnica. Lo que hoy es España fue el escenario principal del enfrentamiento entre Roma y Carthago. Esto sucedía unos doscientos años antes del cambio de era, es decir en el siglo II a. C. Al finalizar la contienda los romanos, que no tenían intención de anexionarse la península, se plantearon la necesidad de seguir controlándola y privar de esta manera a Cartago de su principal fuente de aprovisionamiento en riquezas y mercenarios. Los habitantes de esta tierra, los íberos, no advirtieron que aquellos romanos tan cordiales con los que se aliaron para sacudirse el yugo cartaginés les iban a imponer otro más pesado y definitivo, el suyo. Aunque también es cierto que Roma aportó un nivel cultural y social a los habitantes de esta tierra que hasta entonces había brillado por su ausencia.

De este modo, la derrota de los púnicos señala el inicio de la ocupación romana. Las zonas cercanas a la costa, más acostumbradas al contacto con potencias extranjeras, opusieron menos resistencia e incluso cabría decir que se entregaron gustosamente. No así las zonas interiores que hicieron de su resistencia todo un símbolo. En la Meseta se produjeron las guerras celtíberas –resistencia de Numancia– y lusitanas.

Numancia se convirtió en un bastión inexpugnable de tal calibre –sus defensores llegaron a alimentarse de carne humana– que Roma convirtió su conquista en una cuestión de prestigio. Cornelio Escipión, el general más afamado de todas las legiones romanas, tuvo que emplearse a fondo para conseguir que se rindiera después de quince meses de asedio. Esto sucedía en el año 133 a. C. Por lo que se refiere a la cornisa cantábrica, no hubo tanta suerte y tardó mucho, casi cien años, en ser dominada de forma efectiva.

Roídos casi todos los huesos duros, incluido el numantino, Roma inició la ocupación de la península. Organizó territorialmente Hispania en provincias y diócesis, que acabaron plenamente integradas en la vida del Imperio. Sus límites y nombres variaron a lo largo de los siglos de presencia romana. Algunas de las más perdurables fueron: la Bética, la más roma-

nizada, la Carthaginensis, Tarraconensis, Gallaecia y Lusitania. Muchas de estas divisiones administrativas perdurarán en las diócesis eclesiásticas medievales.

Todos venimos del Latín

Las ciudades de Hispania reprodujeron la estructura social romana, con su división en hombres libres (*ingenui*) –patricios y plebeyos– y esclavos (*servi*). En el medio rural, mayoritario, perviven las estructuras sociales indígenas. Poco a poco y sobre todo a partir de las reformas impuestas por el emperador Augusto, el derecho a la ciudadanía romana fue creciendo. Además de ser hereditaria, Vespasiano concede en el año 74 de nuestra era la ciudadanía latina a todos los españoles libres. Se empezaron a adoptar de una manera más patente las costumbres romanas, incluso los idiomas vernáculos se olvidaron y los españoles aprendieron a hablar latín, cuya implantación fue muy fuerte en Hispania. En muchas zonas dejó de ser la lengua de los conquistadores para convertirse en la propia, incluso hubo un peculiar modo hispánico de hablar y escribir el latín. Los actuales idiomas españoles, el castellano, el catalán y el gallego son descendientes de aquel latín que aprendieron nuestros antepasados. De lo que se hablaba antes de la llegada de los romanos sólo ha sobrevivido el euskera.

Desde el punto de vista económico, Hispania abastecerá de productos agrícolas y metales al resto del imperio, especialmente a su cabeza, Roma. La producción agraria se organiza en latifundios. No obstante, el elemento clave de la romanización serán las ciudades (*civitas*) que poseerán un elemento civilizador, al tener una organización social que integra a los ciudadanos en un marco jurídico avanzado, superando las limitaciones del marco tribal anterior. La ciudad es un núcleo urbano independiente, sujeto a leyes precisas, con territorio y recursos propios y regidos por un ayuntamiento o senado. Alrededor de la vida urbana se organiza el espacio económico y administrativo del imperio, y la economía hispánica, que hasta entonces se basaba en el precario autoabastecimiento indígena, se codea con el gran comercio mediterráneo de la época. Existen muchas y muy importantes ciudades en Hispania, todas ellas bien comunicadas por una extraordinaria red de calzadas. Todos estos cambios y mejoras, junto a otros como el embe-

llecimiento de ciudades, la explotación de nuevas minas, etc. fueron el resultado visible de siete siglos de dominio romano.

Cuando los romanos inventaron España

La conquista y colonización de Roma hizo que la Península Ibérica se integrara en el mundo cultural greco-latino, base de la civilización occidental. A partir de este momento comienza a ser Hispania y a tener un cierto sentido geográfico, culturalmente específico y global. No ocurrió lo mismo en otras zonas del mundo romano: avatares históricos borrarán en gran medida la tradición cultural latina en Britania y norte de África, que se integrarán en el mundo germánico o musulmán, respectivamente, a pesar de haber conocido una profunda romanización, especialmente la segunda.

Hispania, es la romanización del nombre que le pusieron a la península los fenicios: *i-shepham-im*, que significa el país de los conejos. Pero Hispania mantiene su nombre romano, a pesar de aportaciones culturales posteriores de gran intensidad y larga duración, por ejemplo la islamización. Lo que ocurre es que la romanización en la Península es de tal intensidad y de tan gran amplitud geográfica –recuérdese la Bética o la costa mediterránea–, que ésta, Hispania, pasa a ser, de alguna manera, Roma.

La unión y simbiosis que se establece entre la península y el imperio es tan estrecha que incluso lo romano recibe una huella profunda de lo hispano en áreas tan diversas como la literatura, la filosofía, la política, la Iglesia; y en épocas dispares como la alto y tardorromana. Algunos de esos nombres propios que Hispania exporta y que conquistaron Roma, dejaron su sabiduría resumida en frases históricas: *“El temor al mal futuro ha puesto en peligro el presente de muchos”*, Lucano; *“Menos trabajo hay en vivir bien que mal”*, Quintiliano; *“El hombre bueno será siempre un principiante”*, Marcial; *“Todo el mundo aspira a la vida dichosa, pero nadie sabe en qué consiste”*, Séneca... sin olvidar otros ilustres nombres como los de Columela, Trajano, Adriano, Teodosio, Prudencio, Osio, Orosio, Prisciliano, etc. todos ellos nacidos en la península y triunfadores en la capital.

Para el Imperio y en concreto para Roma, su cabeza, la provincia de Hispania tiene una importancia especial y lo demostrará en el número de obras que se realizan –puentes, acue-

ductos, arcos...— y en la urbanización, la mayor llevada a cabo en todas las provincias occidentales. Igual ocurre con la densidad de la red de calzadas, con más de 30.000 km. Construidos en suelo hispano. Había que dejar claro y demostrar que todos los caminos conducían a Roma.

El arte también se utilizará en beneficio del Imperio, sobre todo de la romanización del Imperio. Los grandes monumentos infunden a los hispanos conciencia de la superioridad de los conquistadores, pero después, con el tiempo, les proporciona ciertas dosis de orgullo por formar parte de ese gran imperio.

Hay que subrayar que todas estas aportaciones arquitectónicas, artísticas, económicas, culturales, sociales,... consiguen lo que no obtuvieron los pueblos primitivos de la península, las penetraciones parciales de fenicios, cartagineses, griegos. Como se ha visto, no se trata simplemente de una ocupación militar, sino de mucho más: España se convierte legalmente y de modo administrativo en provincia romana, con todos los derechos y deberes de una provincia del Imperio.

Por primera vez se produce —aunque principalmente en ciertos niveles superiores— una unificación de la península, que lentamente se va impregnando en otros estratos. Para muchos historiadores, la nueva era y sus alrededores (siglo I a. C.), traen consigo la gestación de una forma de vida más colectiva, y de una personalidad global. No se debe hablar de personalidad española todavía, pero sí de una forma de vida bien definida dentro de lo que representa Roma, la hispana. Y los hispanos de entonces no se pueden considerar españoles, sino una variedad, en el sentido amplio del término, de los romanos. No olvidemos que son más de setecientos años de convivencia e intercambios, hasta el punto de que Hispania llega a participar en las decisiones y asuntos que afectan al destino de Roma. En definitiva, una época que bien puede considerarse como la primera “edad de oro” que vivió nuestra península, y en la que Roma orienta la trayectoria histórica de la futura España.

Los bárbaros del norte no hacen turismo

Hoy día un bárbaro es alguien salvaje, fiero, incapaz de mostrar un mínimo de educación. Pero para los antiguos, o sea, nuestros antepasados, el término bárbaro se empleaba para

designar a las personas extranjeras. Evidentemente, cuando éstas o estos extranjeros venían de visita no lo hacían con fines turísticos como ahora, sino más bien para guerrear y conquistar las tierras que encontraban a su paso. Dicho ésto, hay que añadir que los famosos bárbaros del norte que invadieron la península ibérica hicieron honor a su nombre de bárbaros, en todas las acepciones del término. Pero no adelantemos acontecimientos, y sigamos el curso del tiempo.

Desde el siglo III d.C. –periodo conocido también como Bajo Imperio Romano– se inicia un proceso de descomposición interna que culmina en el siglo V con las invasiones germánicas del Imperio de Occidente. Hispania conocerá dos grandes oleadas de invasores. La primera, sobre el año 409, está protagonizada por guerreros de pueblos germanos de tez blanca y pelo rubio, los Suevos y los Vándalos, con perdón, y por los Alanos que llegaron de Asia con pelo negro y lacio. Luego harían acto de presencia como aliados de Roma, aunque más bien estaban contratados como mercenarios para proteger a los hispanorromanos del Levante, los Visigodos. Nominalmente su intención era restablecer la autoridad de Roma. Cuando a fines del siglo V se produzca oficialmente la caída del Imperio Romano, los visigodos están sólidamente asentados en gran parte de la Península y en el sur de las Galias. Dadas las circunstancias y los intereses creados se inicia entonces un doble proceso. Uno, hacer efectivo su dominio en todo el territorio de Hispania: se arrincona a los suevos en la antigua Gallaecia, se asimila a los alanos asentados en el Levante, y se intenta –infructuosamente– conquistar a cántabros y vascones. Dos, se va gestando un estado que pondrá su capital en Toledo.

El número de visigodos que se establecieron en Hispania fue reducido: unos 100.000 frente a 5 ó 6 millones de hispanorromanos. Se concentraron en algunas zonas de especial interés estratégico: la Meseta Norte y las fronteras. Profesaban, además, diferente religión que la población de Hispania: arrianismo y catolicismo respectivamente. Una cosas y otras hicieron que, casi durante un siglo, hubiera una separación física –cada cual habitaba mayoritariamente unos lugares– y también legal –había un derecho para visigodos y otro para hispanos– entre ambas comunidades.

La conversión de **Recaredo**⁽¹⁾ al catolicismo en el III Concilio de Toledo (589) y la unificación jurídica de Recesvinto (654), serán los momentos culminantes del acercamiento de las dos comunidades.

Alta Edad Media: anglosajones y latinos marcan sus diferencias

Posiblemente el elemento diferencial decisivo entre los países europeos en la Alta Edad Media es el germánico. Si comparamos la evolución histórica tras las invasiones germánicas de las *Galias*, *Britannia* e *Hispania*, encontramos un sustrato romano común. El factor diferencial lo constituye la intensidad relativa de la aportación germánica.

Britannia pierde la mayor parte de la cultura latina, en parte por la debilidad de la implantación de ésta y en parte por la fuerza de las invasiones de anglos, sajones y yutos. Las *Galias* pierden el nombre romano, sustituido con el tiempo por otro derivado de los *francos*. En Hispania la profunda romanización y la vigencia del latín hacen de la aportación visigoda algo que se suma a lo ya existente, sin sustituirlo. Hay que señalar también que los propios visigodos eran el pueblo germano más romanizado, con lo que su incidencia es menos intensa que en los casos de *Britannia* y el vecino reino de los galos.

La función de la Iglesia en la España visigoda es fundamental desde la conversión de Recaredo. Supondrá un elemento aglutinador entre la población y los visigodos. Su papel se concreta en campos bien distintos. En el mundo de la cultura colabora de manera decisiva en el mantenimiento y transmisión de la cultura latina: San Isidoro, compila en su obra *Las Etimologías* gran parte del saber clásico. Esta tarea de síntesis entre lo romano y lo germano lo pone de manifiesto la creación de un arte religioso específico, manifestación de la nueva sociedad hispana en la época visigoda. En la vida política la jerarquía eclesiástica participa en el gobierno del estado visigodo a través de los Concilios de Toledo.

(1) (586-601) Recaredo fue rey visigodo, hijo de Leovigildo, que abandonó el arrianismo para convertirse al catolicismo. Reconquistó Carcasona y concluyó un importante acuerdo con el emperador de Oriente.

4. La hora de los árabes

La conquista de la Península por los musulmanes es un paso más en el proceso de expansión comenzado por el Islam a principios del siglo VII, que los había llevado por el norte de África hasta la costa atlántica. La conquista la protagonizaron los bereberes recién islamizados del norte de África dirigidos por un número escaso de árabes. La ocupación fue rápida y sorprendentemente fácil por la descomposición interna que ya sufría el reino visigodo, que impidió cualquier resistencia importante. Los habitantes de la península estaban más ocupados de pelearse entre si que en prever las intenciones de sus vecinos a los cuales invitaron a participar en las disputas. Una vez *metidos en harina*, los musulmanes decidieron quedarse con la “panadería”.

España comenzó a funcionar como una provincia dependiente del califato Omeya de Damasco, volvía a ser la lejana colonia occidental de un gran imperio comparable al romano en extensión. La nueva provincia se llamó al-Andalus, y el nombre de España, arabizado en *Ishbaniya*, quedó para designar la parte de la península no conquistada.

A mediados del siglo VIII se produce la matanza de los omeyas a manos de los abbasies pasando la capital del califato a Bagdad. Uno de los miembros de la familia omeya, Abd-al-Rahman I, escapa y logra llegar a Al-Andalus. Consigue el poder y se independiza políticamente de los califas de Bagdad proclamando el emirato independiente. No obstante mantiene una tenue vinculación con la teórica autoridad religiosa suprema del Islam, al no proclamarse califa.

Al-Andalus: la España que soñaron los árabes

La situación se mantendrá hasta principios del siglo X cuando **Abd-al-Rahman III⁽²⁾** proclama el califato de Córdoba y rompe toda subordinación con el resto del mundo musulmán. Así comienza la etapa de mayor esplendor político y cultural de Al-Andalus. Tras la muerte del último califa omeya, el 1031, se

(2) (912-961) Abd-al-Rahman III, fue primer califa de Córdoba. Conquistó tres cuartas partes de España de manera implacable y humillando a sus enemigos. Su reinado estuvo lleno de gran esplendor cultural.

rompe la unidad política en la España musulmana y comienza la etapa conocida como los reinos de taifas: pequeños reinos, débiles militarmente, pero a veces brillantes en lo cultural. La consecuencia inmediata de esta debilidad es el importante avance de la Reconquista cristiana. Ésto, unido a la relajación moral de los reinos taifas, empuja a unos pueblos de las montañas del Atlas –Almorávides primero y Almohades después–, muy rígoristas en su vivencia del Islam, los primeros fundamentalistas, a invadir la península, unificar Al-Andalus y detener el proceso reconquistador.

La batalla de las Navas de Tolosa, en 1212, liquida el poder Almohade. Tras este descalabro se conquista casi todo el sur de la Península con rapidez. Sólo resiste el pequeño reino nazarí de Granada –de extraordinaria brillantez cultural y artística–, que perdurará hasta 1492 protegido por una orografía complicada, apoyado por la cercanía del norte de África, y favorecido por las luchas internas que durante los siglos XIV y XV mantiene Castilla.

Los elementos étnicos fundamentales de la España musulmana son los siguientes. Primero, los hispanorromanos o hispanogodos, que constituyen la mayoría de la población. En segundo lugar, en cuanto a su número y en un primer momento, los beréberes, pueblo de pastores nómadas del norte de África. Luego los árabes, en muy escaso número y ocupando la cúpula social y política. Además, existía una importante minoría, por su capacidad económica y su alto nivel cultural, los judíos.

Es sorprendente la facilidad con que muchísimos cristianos adoptaron con rapidez el Islam –*muladies*–, la religión de los conquistadores. Y eso que existió una relativa tolerancia con las llamadas *gentes del libro* que permitió la pervivencia de amplias comunidades cristianas en territorio de Al-Andalus –los *mozárabes*– durante varios siglos.

Las diferencias de nivel económico entre la España musulmana y la cristiana fue abismal, al menos hasta los siglos XII ó XIII. En Al-Andalus se hacen aportaciones a la agricultura: nuevos sistemas de cultivo, sistemas de regadío, nuevos productos como la naranja, arroz, algodón, etc. que se han mantenido hasta hoy en Andalucía y Levante. Se produce también la integración comercial en el mundo islámico y se realizan importantes aportaciones en la artesanía en diversos materiales como el marfil, el cuero y maderas preciosas.

La islamización: ocho siglos de cultura musulmana

Si hay que ponerle una fecha al inicio de la islamización está ha de ser la del año 711. Los generales del Califato de Damasco, Tarik y Muza, cruzan el Estrecho y triunfan, el primero en la batalla librada a orillas del río Guadalete; el segundo, un año más tarde, ocupa Medina Sidonia, Sevilla y Mérida. La suerte de la España visigoda está echada, la invasión musulmana es un hecho y se inicia el proceso por el que la Península entra en el área cultural y lingüística del mundo musulmán, lo que se conoce con el nombre de *islamización*.

El negocio para los moros es redondo, tardan sólo unos meses en conquistar España y se establecen en ella durante ocho siglos. Animados por la euforia de la fácil conquista, y pensando que toda Europa iba a ser orégano, traspasaron también los límites del reino Godo e invadieron las tierras que hay más allá de los Pirineos. Pero Carlos Martel, que hoy da nombre a un buen coñac francés, y en aquel entonces dirigía el ejército de los francos, los derrotó en el año 732 en la batalla de Poitiers.

Algunas teorías apuntan la idea de que la conquista en la península Ibérica fue posible porque los cuatro millones de hispanogodos estaban hartos del orden goda, que les freía a impuestos, y la población no estaba dispuesta a mover un dedo, peor de lo que estaban era difícil que lo estuvieran con los nuevos amos. Y así, apenas un ejército de cuarenta mil guerreros musulmanes tomó con gran facilidad las tierras de España, menos la cornisa cantábrica.

A pesar de su larga presencia en algunas zonas de Andalucía y Levante, se mantuvo en España la línea cultural prevalente que había comenzado con la romanización. De hecho no se llegó a abandonar el uso del latín, ni a olvidar la tradición *clásica*. Los musulmanes respetaron las tradiciones y la organización y, en principio, sólo querían recibir un tributo especial. El contraste tiene especial relieve frente a la evolución del norte de África, la antigua *Africa latina*, patria de San Agustín y de muchos de los principales personajes de la cultura y la política tardorromana. En estas tierras, tras la oleada islamizadora se perdió la tradición latina y se integraron en la cultura musulmana.

En España fue al revés. La huella musulmana enriqueció la tradición latina. Además Al-Andalus actuó de puente entre oriente y occidente: la recuperación de los filósofos clásicos

griegos es el ejemplo más brillante de esta tarea. La vecindad de unos reinos culturalmente más avanzados –los musulmanes– benefició a los reinos cristianos, que acabarían dominando políticamente la situación y asimilando aportaciones de sus vecinos en muchos campos: lengua, arte y estructura urbana; literatura y música; modos de vida y hábitos sociales.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *España: una historia explicada. Desde Atapuerca hasta el 11-M*, de Julio Montero y José Luis Roig. El libro completo tiene 43 capítulos y cuenta la historia de España de forma cercana, con la economía, la sociedad y la cultura de cada época.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/espana-una-historia-explicada-desde-atapuerca-hasta-el-11-m

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **De Atapuerca al Islam.** Los primeros pobladores, fenicios, romanos, visigodos y los ocho siglos de Al-Andalus.
- **De la Reconquista a la Ilustración.** Covadonga, los Reyes Católicos, el descubrimiento de América, los Austrias y el reformismo ilustrado del siglo XVIII.
- **El siglo XIX y la entrada en el XX.** La guerra de la Independencia, la Constitución de 1812, las guerras carlistas, Isabel II, la Restauración, el desastre del 98 y el reinado de Alfonso XIII.
- **Del siglo XX a la democracia.** La dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República, la guerra civil, el franquismo, la Transición y la España democrática hasta el 11-M.

Cada época se explica también a través de la economía, la vida cotidiana y la cultura de los españoles.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-15998-60-0



Escanea para comprar